

Tirar a John Lennon

Publicado en EL MUNDO, 23/07/05

Roger Bernat

Estaba con mi padre en los pasillos de la universidad. Mi padre había ido a Lovaina a estudiar algo de testículos y de pulmón y a alejarse un poco de Franco. Era tarde, había mucha gente y estaba impresionado porque para mí eso de estar en la calle de noche era excitante. Es extraño, todos los recuerdos que tengo de esa época son solitarios y sin sonido. A veces alguien me dirige la palabra pero no oigo nada. Aquel acto en la universidad de Lovaina era un concierto de John Lennon. No sé si en el año 73 o 74 el *Beatle* estaba de gira por lugares tan poco glamourosos. Era en un pequeño anfiteatro y estaba solo con una guitarra acústica y un micro. Apenas estuvimos media hora. Mi padre nunca tuvo una relación muy apasionada con la música.

A la salida encontré un adhesivo redondo en el que había una foto de John Lennon tocando la guitarra y podía leerse *Give peace a chance*. Recuerdo ese momento porque los niños teníamos entonces una pasión incomprensible por los adhesivos y encontrar uno en el suelo era como encontrar un pase de temporada para los autos de choque. Durante muchos años no supe qué significaban las palabras del adhesivo. Lo fui sabiendo con el tiempo. Deduje que *chance* debía ser algo equivalente al francés *chance* (suerte), que *peace* debía ser una palabra equivalente a *pieza* y *give* me costó más. Lo conservé hasta hace poco. Era una de esas cosas que trasladadas de una casa a otra en la típica caja de zapatos en la que guardas las cosas irrenunciables, con la postal que te envió tu primera novia y ese dibujo que hiciste y todo el mundo apreció.

Trae un pedazo de suerte era la traducción aproximada con la que me conformé. Me gustaba que la frase quedara en una nebulosa de múltiples significados. Luego en la tele anunciaron que John Lennon había sido asesinado. Pero yo ya era un adolescente y me traía sin cuidado que mataran a quien fuera. Lo que sí pensé fue que Lennon no había tenido suerte.

Hace unos días tiré el adhesivo a la basura. Esa misma semana había estado en una casa ocupada en la que hacían un concierto de *grindcore*. A la cantante de *No Conform* se le hinchaban las venas del cuello mientras cantaba con el micro contra la boca y su voz hacía temblar a los punks más erizados. Todos bailábamos pogo y el suelo parecía sudar vino. En el fondo de la sala, sobre un par de mesas de camping, unos chicos valencianos habían montado un pequeño chiringuito en el que vendían discos y fanzines. Fue allí donde me enteré de que hay un subgénero del *hardcore* que se llama *homocore*. Música acelerada de reivindicación *gay*. En un rincón de la mesa tenían una carpeta con pedazos de tela con estampados para coserlos a las cazadoras. Sobre un pedazo de tela rosa con pequeñas flores blancas habían estampado una calavera negra. Lo compré por 30 céntimos y al día siguiente lo colgué de la pared de casa.

Debería interpretar todo esto y preguntarme por qué tiré a Lennon a la basura y me quedé con la calavera. Preguntarme por qué nunca entendí el significado de *Give peace a chance* o por qué estamparon una calavera sobre flores blancas y fondo rosa. Me enseñaron de pequeño que el mundo esconde significados que hay que esforzarse en revelar. Pero hay momentos en los que no. Hay momentos que sólo piden ser

contemplados. Dejan de ser bellos si te pones a hurgar. Mirar como pasan las nubes sobre nuestras cabezas y nada más.